

Domingo XXV del Tiempo Ordinario (19-09-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas, en el camino de Jesús que va teniendo por las zonas alejadas de Jerusalén, en el norte de Israel, ha pasado antes por esa zona que se llama actualmente Altos del Golán, y que es el lugar de Cesarea de Filipo, en donde Él ha preguntado a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que es Él y qué dicen ellos que es Él?

Habíamos señalado la semana pasada la importancia que tiene el que identifiquemos quién es Jesús porque de esa identificación resulta toda nuestra vida. Los antiguos cristianos, muchas veces, tuvieron una gran discusión porque algunos pensaban que Jesús era divino pero no era humano, y otros pensaban que era humano pero no divino, y de acuerdo a su imagen actuaban. Y entonces, venían las consecuencias, porque de cómo identificamos al Señor depende nuestra fe cristiana.

Por eso es necesario poner atención a lo que Jesús nos dice de sí mismo y Él instruye a sus discípulos, les explica las cosas, y ya en este momento estamos en la zona de Galilea, están bajando para acercarse a Jerusalén, pero están ahora en Cafarnaúm. Y allí, Él les ha dicho ya, como parte de la instrucción que quiere que sea a solas, tranquila, sin aspavientos - de hecho, Jesús es muy discreto en esto - les transmite algo que Él tiene en la consideración más honda de su ser: que le va a pasar lo que le pasó a muchos profetas, que le pasó a uno de los reyes de Israel, el rey Zorobabel en el pasado, que le pasó al justo del cual habla hoy día el texto del Libro de la Sabiduría (2,12.17-20): el justo que es amenazado por los poderosos, “lo someteremos a humillación y tortura para comprobar su resistencia y apreciar su paciencia, lo condenaremos a muerte humillante. Y como dice que a él lo protege Dios, veremos si lo protegerá”.

Estas cosas habían pasado en la historia de este pueblo -como han pasado en la nuestra - tantos justos que han muerto por la Patria, tantas personas abandonadas por quienes gobernaban cuando en

la vida cotidiana, necesitaban superar una serie de problemas, cuántos héroes nacionales nuestros - como lo he dicho en la misa pasada - son actualmente mártires también, porque fueron abandonados por quienes deberían haberlos ayudado.

Hoy día también vemos en nuestra vida corriente cómo gente valiosa es insultada, o gente sencilla que va a comprar a un lugar y hay personas que no saben tratar al ser humano y termina muerto. Esas cosas terribles que nos suceden, nos suceden porque existe, por parte de nosotros, de la actitud que tenemos ante los demás, como una especie de codicia, encerramiento en sí mismo que impide ver al Otro y ver las necesidades de los demás. Las ambiciones, las codicias, los celos, son cosas que tienen dos dimensiones: una personal y otra comunitaria, porque también se heredan esas maneras y esos comportamientos, y nosotros los interiorizamos, y como que se nos inoculan la envidia, la codicia, el desprecio, el maltrato.

Y por esa razón, existen las personas justas que sufren eso, y que tratan de salir del entrampamiento. ¿Cómo salir sin venganza? Y justamente Jesús ubica a esas personas en su historia y recoge esta imagen del Hijo del hombre. En el Evangelio se dice el Hijo del hombre no solamente por Jesús, sino por todo aquel que ha vivido de forma justa y no ha respondido con las mismas artimañas de los vengativos. Y Jesús, entonces, renueva lo que le ha pasado a otros con su situación concreta. Él ha anunciado el Evangelio y lo planean matar, y Él decide ir al centro, a Jerusalén mismo, donde están quienes quieren matarlo, para anunciarles una novedad: Dios es amor y sólo amor. Y poner como principio - a pesar de que pueda costarle la vida - pone como principio que el Hijo del hombre está no para ser servido, sino para servir.

Este anuncio de su muerte, es un anuncio vivificador para todos aquellos que lo acompañan, pero también para todo el mundo. Y tiene esta capacidad de enseñar, de adelantarles para hacer ver que estamos ante una cuestión muy seria, muy profunda, muy problemática, una sociedad que mata a las personas justas, una sociedad que mata a los inocentes, una sociedad que desprecia a la mujer, una sociedad que destruye las relaciones, una sociedad que

solo ve su ambición, y que hace que, inclusive, los mismos que sufren, peleen entre ellos por ambiciones.

Cuando en el texto de la Carta a Santiago (3,16–4,3) se dice que las ambiciones poseen a la gente y que, inclusive piden, pero piden mal, porque piden lo que les sería conveniente individualmente no importándoles los demás. Quiere decir que los propios cristianos tenían también esa misma inoculación. Y no por ser cristianos nosotros estamos exentos de vivir los contagios del conjunto de la sociedad, porque somos también peruanos, porque somos también humanos en el mundo global, en donde imperan todos esos tipos de ambiciones que hacen del mundo, un mundo que está en proceso de destrucción. Y la gran pregunta es la misma que se hizo Jesús: ¿Cómo no repetir la historia? ¿Cómo hacer posible un principio que haga posible que todos podamos entendernos y no matarnos ni destruirnos?

Por eso, Jesús le pide a sus discípulos que les explique de qué estaban conversando, y estaban conversando justamente de eso que tenemos también los peruanos: ¿Quién es primero? ¿Quién es autoridad para poder hacer luego todas sus ambiciones? ¿Quién es más fuerte que otro? Y por lo tanto ¿Quién es mi competidor para poder destruirlo? Esa visión “salvaje” de la vida en donde estamos todo el tiempo compitiendo - ojalá que sea una sana competencia - pero compitiendo denodadamente, casi violentamente, entendiendo al otro como enemigo, es lo que el Señor quiere explicarle a sus discípulos que hay que superar.

Y para eso, entonces, Jesús trata de explicarles a sus discípulos que no está mal buscar ser el primero, pero como servidor. No les dice: “no busquen ser los primeros”, les dice: “quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor”. Y eso, inclusive, existe en la Iglesia. Hemos tenido ahora la reunión con los jóvenes. ¡Qué fresca haber conversado con ustedes esta mañana! Porque ustedes se sitúan muy sencillamente como los servidores de esta Iglesia, y por lo tanto, no están buscando ni prestigio ni alardes, sino están buscando cómo ayudamos para que todos los jóvenes puedan acceder a nuevos valores, los valores que el Señor nos da en el Evangelio. Y ustedes se declaran servidores.

Les quiero contar que en el pasado, cuando vino Juan Pablo II, la Guardia del Papa de los jóvenes se llamó “Guardia de servidores”. Y ustedes son herederos de ellos, y así en el futuro vamos a desarrollar la Pastoral Juvenil, lo más posible es que el próximo año haremos también el Sínodo Juvenil para decidir juntos cómo vamos a servir mejor a nuestro pueblo y a nuestra Iglesia.

Por eso, hoy día, también todos estamos llamados a seguir este camino, y es un llamado para todo nuestro país, para cada uno de nosotros que ya hemos avanzado en este ejemplo. La insistente presencia de las personas que más han trabajado por nosotros en esta Pandemia, siempre requiere nuestro homenaje y nuestro agradecimiento, pero todavía no tenemos estructuras servidoras, organización nacional servidora, mentalidad servidora, y para eso necesitamos una cultura de servicio, y de servicio en donde no sean algunos los que sirvan - a los que llamábamos siempre los “sirvientes” - sino que todos, desde el primer lugar hasta el último, estemos siempre disponibles a ayudar al Otro, y no a sacarle ventaja ‘tronchistamente’ como se decía en el pasado.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanas, hay un gesto que hace Jesús que es sumamente importante, con un niño. Los niños, en el tiempo de Jesús, no tenían derechos. Ahora tenemos, por lo menos, los derechos del niño constituidos. Era un “no humano”, alguien que, al no tener derechos, se podía hacer lo que se quisiera con él. Evidentemente el pueblo hebreo había tenido más cultivo del niño, pero aún así, la presencia del imperio romano que es el que justamente no le da derecho a los niños, y por lo tanto, se podía hacer con ellos lo que se quisiera. Un niño es justamente puesto en el medio por Jesús para decir que todo creyente y todo verdadero discípulo del Señor - y mucho más, todo humano - está llamado a acoger al “no persona”, al que es considerado sin derechos, al que es considerado “nada”. Y nadie tiene derecho de burlarse de él o decir improperios que destruyen su persona y la denigran. Todos somos humanos, todos somos valiosos, todos somos necesarios, aquí nadie sobra.

Y por esa razón, Jesús lo recibe, lo abraza y les dice que quien recibe a un “no persona”, a un pequeño, a un necesitado, a un

pobre, a un niño, entonces recibe al mismo Dios, al Padre de Jesucristo, que es el que lo mandó a nosotros. Esto nos muestra que la identidad entre Dios y los pobres es fundamental, y esto tiene una importancia muy grande para nuestra fe, porque a veces creemos que Dios es, simplemente, “el que está arriba” o es el que es - se dice en alguna traducción del nombre de Yahvé en el Antiguo Testamento -. Dios “es el que está”, en el corazón de cada ser humano, en el ser del ser humano y mucho más en la del ser humano herido. Y por lo tanto, Dios llama desde el Otro, nos interpela.

Esta preciosa educación que Jesús hace de sus discípulos corrigiendo sus desviaciones, porque están aspirando a ver cómo ganan poder o cómo ganan dinero o cómo sacan su “troncha”. Jesús tiene la delicadeza de hacerlo con claridad, sencillez y silencio, sin alharacas.

Hoy día, además, festejamos los 100 años del nacimiento de Paulo Freire, uno de los más grandes educadores que ha tenido América Latina. Inventó 2 métodos: La educación como práctica de la libertad y la Pedagogía del Oprimido, dos libros que revolucionaron la educación en todo nuestro continente para ayudar a que, a través de las “palabras generadoras” de la vida cotidiana de la gente sencilla, la gente aprendiera a leer y a escribir. Y se dedicó en forma acuciosa, él nació en Recife en Brasil, de donde fue Obispo Monseñor Hélder Câmara, uno de los más grandes obispos profetas y santos que tenemos en América Latina, algo así como el Monseñor Romero de la lengua portuguesa. Y Paulo Freire nos enseñó, a partir de las propias maneras de hablar de las personas sencillas, dialogando, poder crecer y madurar. Su aporte a la educación y también a la Iglesia fue grande, porque estábamos habituados a una Iglesia que estaba acostumbrada a dar normas y hacer que la gente obedezca y que se quede niña. Y él lo que hizo fue promover a las personas como personas, y a los pobres y sencillos, a los campesinos y a los que no sabían leer ni escribir, empezaron a hablar, a expresarse, a decir, a escribir cosas interesantes, y ahora tenemos varios ejemplos en la pedagogía que han seguido los misioneros, por ejemplo, con los awajunes, con

los shipibo-konibo, con los ashánincas, que se expresan muy bien y hablan su lengua, y a su vez, han podido ser reconocidos y reconocer como personas y como pueblos al servicio de todos nosotros que podemos gloriarnos de tener la diversidad de lenguas que tenemos y que son una riqueza para todos y que nadie puede despreciar.

Y gracias a este hombre que es un reflejo de lo que es la educación cristiana, pueda permitirnos a todos nosotros practicar nuestra libertad sin ser individualistas y creyendo que la libertad es un juego. La libertad es una responsabilidad, pero requiere que la persona sea plenamente persona y esa es nuestra ayuda, nuestra contribución, como Iglesia no siempre lo hemos hecho, pero estamos dispuestos con el Papa Francisco a seguirlo haciendo como él ha dicho hoy día en el balcón del Vaticano: Quién sirve verdaderamente, se salva, quien no sirve, en realidad, se hunde en el egoísmo. Y necesitamos salir del egoísmo, porque lo único que nos salva verdaderamente es el amor.